ficciones fundacionales

Alejandra Laera

Desde sus inicios como naciones modernas, en el proceso de su configuración territorial y su constitución como tales tras las luchas independentistas, los países latinoamericanos fueron objeto de reflexiones, prácticas y textos en los que se pensó la situación regional en términos privilegiadamente fundacionales. La noción de fundación, que históricamente permitió marcar un corte o discontinuidad con el sistema anterior y proyectar un nuevo comienzo, resultó, por lo mismo, de gran importancia en los estudios sobre América Latina, muy particularmente en aquellos centrados en el siglo XIX y comienzos del XX, a la hora de plantear retrospectivamente el momento en el que, junto con las naciones, empezó también a reconocerse una cultura y una literatura nacionales. Orígenes, comienzos, formación, fundación, forman parte de un vocabulario afín. Sería, sin embargo, la revisión de la idea de nación como construcción social realizada hacia los ochenta por el historiador Benedict Anderson la que habilitaría una rearticulación entre los procesos histórico-políticos y los literario-culturales, al focalizar en los modos en que la creación de la imprenta, la prensa y la novela contribuyeron a la emergencia de lo que definió como "comunidades imaginadas". La fuerza simbólica de las naciones así consideradas llevó al teórico poscolonial Homi Bhabha a reflexionar sobre los alcances de esta cuestión y convocar, en el umbral de los noventa, a un grupo variado de críticos que

contribuyeron, con sus estudios puntuales, al influyente volumen colectivo *Nation and Narration* (publicado en 1990 y con una tardía versión en castellano de 2010), uno de cuyos puntos de partida es que la organización política de la nación surge como una forma de narrativa considerada históricamente, que posee estrategias textuales, desplazamientos metafóricos, figuraciones y que muestra toda su ambivalencia en esos momentos de elaboración. Es allí donde aparece por primera vez la categoría FICCIONES FUNDACIONALES, en el capítulo a cargo de la crítica literaria de origen portorriqueño Doris Sommer, que es, dentro de un volumen explícitamente internacional, aunque con colaboradores pertenecientes al campo académico angloparlante, el que está consagrado a la relación entre nación y narración en América Latina. En su libro *Foundational Fictions. The National Romances of Latin America* (1991), Sommer retoma y amplía la categoría, logrando uno de los aportes más eficaces en el campo de los estudios literarios decimonónicos de las últimas décadas.

"Ficciones fundacionales" es la denominación dada por Doris Sommer a un conjunto de novelas latinoamericanas del siglo XIX cuyas tramas articulan la narración sentimental con un proyecto de nación. Según Sommer, esa articulación entre novela y nación se lleva a cabo por medio del deseo heterosexual y el anhelo del matrimonio productivo entre hombres y mujeres que pertenecen a grupos enfrentados, ya sea por cuestiones raciales, sociales o políticas. El objetivo de esas novelas sería fundar las nuevas naciones latinoamericanas, después del período de luchas independentistas, a partir de la posibilidad de una unión productiva entre ciertos grupos antagónicos. De allí que se trate de ficciones programáticas, cuyos autores o autoras configuraron en ellas proyectos nacionales, a la par que buscaban su implementación, según el caso, a través de la acción militar o legislativa. En estas novelas, siempre de corte romántico y por lo tanto con una impronta nacional desde su misma concepción, se cuentan historias predominantemente sentimentales, en las cuales el deseo surgido entre la mujer y el hombre es recíproco, pero cuya concreción se ve impedida por restricciones externas de diversa

índole. Se trata siempre, aclara Sommer, de un deseo doméstico, es decir que tiene como horizonte la unión matrimonial y la formación de la familia. Los conflictos que aquejan a la pareja de amantes son de orden racial (por pertenecer a diferentes grupos étnicos), social (porque corresponden a clases o regiones en pugna), político (por responder a partidos antagónicos), y todos demoran o imposibilitan la unión matrimonial de modo que, al hacerlo, anulan también la productividad del deseo sexual. Por lo mismo, explica Sommer, los amantes solo pueden imaginar su relación en una sociedad alternativa a aquella de la que forman parte, en la que los antiguos o nostálgicos ideales de pureza queden atrás y ciertas oposiciones y diferencias sean superadas en pos de una pretendida unidad. En una sociedad tal, puede concretarse la esperanza de las nuevas naciones pacificadas en uniones productivas que contribuyan a una herencia amplia y vigorosa, así como puede reafirmarse la necesaria dependencia entre la familia y el Estado. En ese sentido, la pasión personal no va en desmedro del destino nacional, ni este debe obstaculizar a aquella; por el contrario: vivida como deseo doméstico, la pasión personal contribuye a una grandeza nacional que, a su vez, la promueve. Ese es para Sommer el rasgo propiamente americano de las novelas fundacionales decimonónicas.

Para demostrar su hipótesis, Doris Sommer toma un conjunto variado de novelas románticas o tardo-románticas de distintos países latinoamericanos, que analiza puntualmente a lo largo de varios capítulos y que vincula con las condiciones políticas, económicas, sociales y culturales en las que fueron escritas y publicadas, así como con la trayectoria de sus autores. Se trata en todos los casos de novelas escritas entre mediados y fines del siglo XIX, que han ocupado un lugar de relativa importancia en los respectivos cánones nacionales: *Amalia,* de José Mármol (Argentina, 1851/55), *Sab,* de Gertrudis Gómez de Avellaneda (Cuba, 1841), *O Guaraní* e *Iracema,* de José de Alencar (Brasil, 1857 y 1865), *María,* de Jorge Isaacs (Colombia, 1967), *Martín Rivas,* de Alberto Blest Gana (Chile, 1862), *El Zarco,* de Ignacio Manuel Altamirano (México, 1888/1901), *Enriquillo,* de Manuel

de Jesús Galván (República Dominicana, 1882), *Cumandá,* de Juan León Mera (Ecuador, 1879) y *Tabaré,* de Juan Zorrilla de San Martín (Uruguay, 1888). Estos abordajes están a su vez enmarcados por otras dos zonas de lecturas que permiten ampliar los alcances de la categoría "ficción fundacional", si bien su impacto en el campo de los estudios literarios latinoamericanos no alcanzó al que sí tuvo la hipótesis principal sobre las novelas románticas. En el inicio, Sommer analiza las lecturas que de las novelas del norteamericano James Fenimore Cooper, especialmente *The Last of the Mohicans* (1826), hacen los escritores latinoamericanos, y se enfoca en la que primero lleva adelante el argentino Domingo Faustino Sarmiento en *Facundo* (1845), y en los procedimientos por los cuales se apropia del modelo e incluso lo supera. Este análisis es el punto de partida mediante el cual Sommer muestra cómo la original lectura de Sarmiento, basada en la analogía entre la naturaleza norteamericana y la argentina, sostiene y refuerza la separación racial, social y política, mientras los novelistas románticos latinoamericanos privilegiarían en Cooper la trama amoroso sentimental que les serviría para canalizar un proyecto nacional que incluyera ciertos tipos de mezcla para poder fundar la nación. A modo de cierre, en cambio, Sommer focaliza en otro grupo de ficciones fundacionales: una zona de la narrativa escrita en la década de 1920, donde detecta un populismo con el que estaría retornando el autoritarismo masculino que había caracterizado a las luchas patrias un siglo atrás. Esa narrativa patriarcal evita toda negociación y presenta el deseo femenino como un erotismo inmoral, tal como aparece, aun con sus diferencias, en *La vorágine,* de José Eustasio Rivera (Colombia, 1924), y *Doña Bárbara,* de Rómulo Gallegos (Venezuela, 1929). Si estas narrativas del populismo, a diferencia de las narrativas románticas de negociación de la segunda mitad del siglo XIX, proponen un modo de fundación de la nación a la vez patriarcal y antiimperial, en *Las memorias de la Mamá Blanca,* de Teresa de la Parra (Venezuela, 1929), la última de las novelas fundacionales analizada, hay una vuelta de tuerca irónica: multiplicidad de voces y perspectivas en vez de antagonismos, flexibilidad en vez

de verticalismo, desobediencia en vez de autoritarismo y, sobre todo, linaje femenino en vez de patriarcal. La ficción fundacional que detecta Sommer en *Las memorias de la Mamá Blanca* la conduce de Teresa de la Parra, hacia adelante en el siglo XX, a Rosario Castellanos, Clarice Lispector y Rigoberta Menchú.

Más allá de su estricta localización geográfica e histórica, las ficciones fundacionales pueden ser leídas, atendiendo a los planteos de Sommer, en dos direcciones. En el plano sincrónico, Sommer se detiene en la relación que entablan con la producción narrativa romántica europea y norteamericana, tal como se observa en el planteo inicial sobre las lecturas de Cooper, pero también en la comparación con otrxs escritores y novelas. En síntesis, lo que plantea Sommer es que, a diferencia de lo que los estudios literarios habían tendido a creer, esos modelos no son copiados ni tomados acríticamente, sino que son adaptados, corregidos e incluso superados debido a que ni la improductividad o la procreación extramaritales sirven para las construcciones nacionales, así como tampoco lo hacen las aventuras amorosas concebidas trágicamente, al estilo, para dar un ejemplo de amplia circulación en su época, de la narrada en *Atala* (1801), de René de Chateaubriand. En esa necesidad de llevar adelante un proyecto de nación una vez logradas las independencias regionales y con el fin de resolver los conflictos internos, así como de plasmarlo narrativamente según la poética romántica, despunta la diferencia latinoamericana respecto de los modelos nacionales, culturales y literarios o bien provenientes de Europa o bien de los Estados Unidos. En el plano diacrónico, por su parte, Sommer toma como punto de partida la narrativa del *boom* de mediados del siglo XX y su desconocimiento o rechazo de toda genealogía novelesca regional; lo que han hecho esas novelas, propone, es reescribir el fracaso de la unión sentimental, la erótica mal encaminada entre los padres y las madres de la nación que no lograron la unión de los grupos, las razas y las clases en las ficciones fundacionales del romanticismo latinoamericano. Justamente en un momento en el que los estudios latinoamericanos en la academia norteamericana, a la que pertenece Sommer, estaban

sobre todo centrados en el fenómeno del *boom* y las grandes novelas escritas en los años ciencuante y sesenta, para pensar la situación de la región y la producción literario cultural de lo real maravilloso o del realismo mágico, ella dirige su interés a la narrativa del siglo XIX y comienzos del XX, para encontrar allí algunos de los principios fundacionales de la nación, tanto en cuanto a los límites de una potencial unidad como en cuanto a las prerrogativas de los grupos hegemónicos.

Ubicada en el marco más amplio de los estudios teóricos y críticos producidos entre finales de los años setenta y comienzos de la década del noventa, la perspectiva de Sommer tiene como telón de fondo el protagonismo creciente de las categorías de raza, clase y género en el campo académico norteamericano de la mano de los estudios culturales, que reavivaron, en el campo latinoamericano de los años noventa, el interés en la producción cultural decimonónica. Asimismo, el abordaje de Sommer debe ser considerado en función de tres coordenadas, respectivamente de corte literario cultural, histórico y teórico filosófico: la lectura en clave alegórica que habilitó una conexión renovada de las producciones literarias y artísticas con diversas cuestiones de orden político social (desde el imperialismo y el colonialismo hasta la raza o el género); el relevante análisis de Benedict Anderson de la nación en tanto "comunidad imaginada" (1983), es decir socialmente construida, para la cual la imprenta, la prensa y la novela resultaron condiciones irreductibles, y la influyente teoría foucaultiana sobre los mecanismos de poder y de saber, específicamente aquellos que explica en *La volonté de savoir* (1976), el primer tomo de la *Historia de la sexualidad* traducida al inglés en 1977. En efecto, la perspectiva crítica de Sommer, en su articulación entre romance y nación, tiende a considerar la narración novelesca como una construcción alegórica formulada por medio de una retórica del amor que concilia intereses opuestos en las parejas heterosexuales y en la nación pacificada, de modo tal que la renegociación de diferencias hace de la pasión romántica una retórica de conquista amorosa antes que coercitiva. Según la concepción benjaminiana de

la dialéctica alegórica, que es a la que sigue Sommer en su postulación, lo que habría hecho el Estado fue encontrar un discurso legitimador en el deseo erótico amoroso a la par que este requería, para su cumplimiento, de la aprobación de aquel. Con el fin de presentar el contexto de los dos elementos vinculados en la alegoría, Sommer apela a las propuestas de Benedict Anderson y de Foucault, dado que los discursos tanto sobre el patriotismo como sobre el sexo datan, en ambos análisis, de finales del siglo XVIII. Más afín a Anderson (de quien le interesa la incorporación de la América hispana en su estudio y que incluso realiza una lectura de la novela mexicana *El periquillo sarniento*) que a Foucault (en quien critica la indiferencia al papel de las novelas en la cultura burguesa al analizar la hegemonía heterosexual), para Sommer es fundamental que las naciones modernas sean definidas como "comunidades imaginadas de lectores", producidas por las "yuxtaposiciones ficticias" propias de la prensa periódica y de la simultaneidad narrativa de las novelas, lo que complementa, precisamente, con los discursos sobre el deseo y la sexualidad de corte foucaultiano.

Finalmente, cabe destacar dos cuestiones. La primera es el impacto del sintagma "ficciones fundacionales", el cual ha superado largamente no solo la recepción de las lecturas críticas de cada una de las novelas trabajadas en el libro sino incluso el conjunto particular al que da nombre: "ficción fundacional" es una expresión usada vastamente en los estudios sobre literatura latinoamericana y, pese a la demorada traducción al castellano de 2004, ya definitivamente incorporada al uso común, al punto de que su sola mención es una referencia a Doris Sommer, aun cuando se la aplique a otros objetos. En ese sentido, la eficacia de la fórmula, junto con su doble uso político y literario, se impusieron por sobre cierto efecto homogeneizador de la interpretación dada a las resoluciones particulares de los conflictos nacionales en las tramas novelescas. Así, mientras el aporte del sintagma "ficciones fundacionales" se proyecta dúctilmente a otros momentos históricos y objetos literarios, el análisis puntual de las novelas tiende a pasar por alto ciertos matices y diferencias

irreductibles entre ellas (por sus condiciones de enunciación, por las historias narradas, por sus finales), en función de establecerse, justamente, como un término explicativo clave de la crítica latinoamericana. La segunda cuestión complementa lo anterior y se refiere a los alcances del término. Por un lado, la noción de fundación, con su adjetivo derivado, lo fundacional, ha sido muy importante en otros abordajes del período romántico, por la coincidencia entre el momento post independentista del continente (con la necesidad de organizar las nuevas naciones) y el ideario romántico de sus letrados (con su rasgo nacionalista). En el caso de los estudios literarios, y tal como puede observarse en el recorrido realizado por Sandra Contreras (2012), su uso es recurrente en la crítica rioplatense (David Viñas, Ricardo Piglia, entre otros). El ejemplo más sistemático del empleo de la noción de un modo diferente al que se presentaría en las ficciones fundacionales radica en la reflexión conjunta de Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo a comienzos de los años ochenta, quienes parten de la noción de vacío territorial para plantear el gesto fundacional de los escritores románticos rioplatenses, centrándose en la figura de Esteban Echeverría, el "poeta pensador", como lo llaman. En ese punto, para Altamirano y Sarlo, el vacío territorial es a la vez un vacío institucional, cultural y literario, y es en todos esos órdenes, relacionados entre sí, donde se proyecta la acción fundacional, que en la literatura puede comprobarse en un poema como "La cautiva" (1837). Según puede observarse, en esta idea de lo fundacional no hay ningún dejo alegórico, sino una relación contextual e ideológica entre literatura y política. Paralelamente, y mostrando la productividad de la categoría, la noción de fundación reaparece fuertemente en otro texto escrito por Altamirano y Sarlo en esos mismos años, y recopilado en el mismo libro de 1983, sobre los modos en los que se pensó, precisamente, la fundación de la literatura argentina en ocasión del Centenario en la década de 1810.

Por otro lado, para terminar, los alcances del término "ficción fundacional", a la manera en que lo acuñó Doris Sommer, se ven, como quedó dicho, en su constante –y no necesariamente

sistemática– aplicación a nuevos conjuntos, así como en la búsqueda de ficciones fundacionales alternativas a las de los Estados hegemónicos decimonónicos o patriarcales, como la propia Sommer lo mostró en su lectura de Teresa de la Parra, o incluso, en la búsqueda de objetos culturales de-fundacionales. En todos los casos, más o menos rigurosos o sistemáticos, se pone en evidencia tanto la importancia como la actualidad de la propuesta crítica de Doris Sommer.

Lectura recomendada

Altamirano, Carlos y Beatriz Sarlo (2016) [1983]. *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Anderson, Benedict (1993). *Comunidades imaginadas. Reflexión sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.

Bhabha, Homi (ed.) (1990). *Nation and Narration*. London: Routledge.

Contreras, Sandra (2012). "Las fundaciones de la literatura argentina", *Cuadernos Hispanoamericanos*, 743: 11-24.

Sommer, Doris (2004). *Ficciones fundacionales. Las novelas nacionales de América Latina*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.